

El mundo actual se gloria de haber vuelto las espaldas a Dios.

A lo lejos... percibese confuso pero audaz clamor de turbas que vienen a retar a Cristo para la lucha.

Y vienen armados como para un gran combate. "Turbas multas cum gladiis et fustibus".

¿Cuántos de los discípulos de Cristo le permanecerán fieles?

¡Sustinetel! ¡Sustinetel! ¡Tened valor!

Se necesita poco en pecho para resistir gallardamente a tanta ironía, a tanto aislamiento, a tanta compasiva mueca de los ultra-progresistas que nos juzgan como a fanáticos, como a almas vulgares y plebeyas, más a propósito para seguir unidas al afreco carro medieval que para figurar en el ágil vehículo del progreso moderno, que no anda sino que se desliza, que no corre sino que se precipita, que no gime monotonías aritméticas sino que anuncia su paso como bramido de fiera, como diciendo que está resuelto a destruir y aplastar los obstáculos que encuentre en el camino, arremonillándonos en el torbellino de polvo que a su paso levanta.

Se necesita alma de recio temple y fe heroica en la nobleza del ideal que defendemos para permanecer inflexibles y con mirada serena ante los físgones de hoy día que a todas horas nos siguen el rastro y nos dicen desdenosamente: "Vosotros sois de los que militáis al lado de Cristo; sois, no lo neguéis; vuestro lenguaje y vuestro proceder os delatan". "Et tu de illis es".

Y no faltan quienes gritan con entonación de tiranos: "Los cristianos a las fieras!".

¡Es la hora de la lucha!

El eco de la arenga de Jesús sí que vibrando en los aires: "Tened valor!".

A ver, a ver cuantos le permanecen fieles.

A ver, a ver cuantos se resuelven a no abandonar en la hora de prueba.

A ver, a ver cuantos son los que, a pulmón lleno y con alegre fatigantón el "Libenter gloriabori"... o el "Omnia possum"... o el "Quis nos separabit?".

"Tened valor!".

Defendamos nuestro puesto con majestad indomita.

Si tan recia es la lucha que lleguéis a transpirar gotas de sangre y a derramar lágrimas, acordaos que alguien recibe esas lágrimas y esas gotas de sangre para con ellas esmaltar el pentágamo del himno eterno que eternamente se entonan a honor de los vencedores. Debajo de esas notas formadas por vuestras lágrimas y por vuestra sangre, escrito corre el canto de vuestra inmortalidad victoriosa: "Isti sunt triumphatores... Laetitia sempiterna super capita eorum".

Los que formáis en las derrechas de Cristo, ¡tened valor!".

En la soledad de la Virgen

Sobre el desierto Gólgota, se extienden errabundas las tinieblas,

y es tan negra la tarde, que parece que, avergonzado, el sol dejó a la tierra.

En la blanca ciudad que allá en su falda se extiende como pálida osamenta, cesaron los murmullos, cual de noche suspendese el rumor en las columnas,

Si fúgase un relámpago de cándido fulgor los cielos llenos en la cima del monte se vislumbra de la cruz la fantástica silueta...

Y a su pie, con el pecho traspaado, el cuerpo de Jesús la Virgen vela.

No vengo a vuestras plantas ¡oh! Señora, a aumentar con mi canto vuestras penas;

vengo a llorar con vos vuestras penas, flores vengo a sentir con vos vuestras tristezas.

Y ya que soy la causa de esas puras lágrimas se vieren, quiero al menos estar a vuestro lado cuando a solas os dejan, con el cuerpo de un Dios que de ensangrentado cuélgas;

entreabiertos los ojos, reclinada sobre el pecho abatido, la cabeza,

y el rostro semiocluido por el velo de la larga y revuelta cabellera.

Al ver lo que sufristeis por nosotros

enjuagar vuestras lágrimas quisiera, más temo no haya cura tan íntimas tristezas.

Con el pecho de duelo traspaado os haré compañía a vuestra vera, y olvidando las penas,

lloraré silenciosas vuestras penas. Juan-José Barcia Goyanes.

LA CRUZ

Instante cual ninguno solemne en el reloj del tiempo aquel en que en la cima del Gólgota se alzó la Cruz. Tinta en la sangre de Dios el hecho hombre, hecho de muerte el Autor de la Vida, la Cruz es el punto culminante de los siglos, la piedra miliaria colocada en los caminos de la humanidad, que señala el principio del reinado del amor en el mundo, y el fin de unas sociedades que no habían sentido amor, que no sobre su frente esa brisa que sopla de las playas de los cielos, y que se llama caridad. Y como el amor transfigura, como el amor diviniza, como el amor crea, la Cruz, símbolo del amor, hace en la tierra una nueva creación.

La Cruz comienza a ser salud, vida, resurrección, para todos los hombres, trocando el eje del mundo moral y los polos del corazón humano.

A su sombra y embragados con la sangre de Jesucristo, se cobijan legiones innumeras de héroes, de santos, de apóstoles, de mártires, de brazos redentores quedan pendientes y rotas, como trofeos gloriosos, cuantas cadenas habían oprimido a la humanidad; las cadenas de pecado que oprimían las almas, las de la esclavitud que ahorraban los cuerpos, las de la ignorancia que oscurecaban las inteligencias, las cadenas de abyección, de vicio y de servidumbre que oprimían a la mujer y el niño, eterna poesía del hogar; en la Cruz se enciende la trepadora luminosa de la civilización, donde se han abierto todas las flores de cultura y de progreso que formularon el mundo; el este Arbol divino, cimiento inconmovible del orden social, han hecho su trono los reyes, porque la Cruz es autoridad, y su cátedra los sabios, porque la Cruz es ciencia, y su tribunal los magistrados, porque la Cruz es justicia, y su plectro los poetas, porque la Cruz es inspiración, y es belleza, y su carroza tiranial todos los sentimientos que cruzaron por la tierra, llamando a las puertas del corazón con el sublime adalanzado del renunciamento, del sacrificio y del deber; al pie de la Cruz sepultados quedaron para siempre en una tumba de amor el egoísmo que divide a los hombres y la guerra que ensangrienta a los pueblos, y de esa tierra de amor surgieron, como insurrectos, marchitas siempre vivas, esos tres ideales que han transformado la faz del mundo y engendrado la fraternidad, la libertad y la igualdad, que no son prolegómenos de la revolución, ni se regaron con sangre de bárbaros, sino que son reflejos del árbol de la Cruz, regados con la sangre del mártir del Calvario.

Diego Tofiasa.

La Virgen de la Soledad

Había una viuda pobre y anciana, muy devota de los dolores de María, que diariamente iba a la iglesia y se ponía ante el altar de la Soledad, donde permanecía aún después que, concluido el culto, quedaba en la Iglesia sola, de manera que para cerrar la tenía el sacristán que decirle que se fuese.

Señora, le preguntó en una ocasión: ¿qué hace usted ahí todos los días perenne al pie de ese altar, después que el servicio divino ha concluido?

—Acompaño a la señora en su soledad, contestó la anciana.

Sucedió que el sólo hijo que tenía la viuda vino a morir, naufragando la nave en que volvía de América. ¡Como pintar el desconsuelo de aquella desamparada viuda, que quedaba aislada, triste y solitaria en su dolor, como un ciprés queriendo consolarse algunas compasivas vecinas; nada lograban, sino que con más propiedad y más violencia se sucedían unas a otras las congojas, con las que respondía a sus consuelos; fuéronse, pues, aquellas desanimadas, después de darle el pésame, y la infeliz quedó sola en su inmensa aflicción.

Fernan Caballero.

LA HORA DE MUERTE

Sacúdeme, Señor; haz que despierte de esta vieja cordura empedernida. Tome el alma tu Cruz, mi alma neta para algo grande, ¡peregrino!

Dime, Señor, que en la locura, pues fracasé con la razón por brío, ya que no supe granjear la vida, sepa a lo menos conquistar la muerte.

Muerte y vida, paciencia y heroísmo, a la luz de lo inmortal, lo mismo, y ambos, del corazón ejecutoria.

La locura es mi fe, no la prudencia, saber vivir es arte de paciencia, pero saber morir, ciencia de gloria.

Ricardo León.

LA MUERTE Y LA RESURRECCION DE JESUS

No hay crítica, no hay argumento que puedan prevalecer contra los testimonios que acreditan la divinidad de Cristo. Su vida entera es un tejido de hechos sobrenaturales que despojan a este personaje, único en la historia, del carácter de puro hombre. Ningún hombre ha sido profetizado con muchos siglos de antelación a su nacimiento, con signos inconfundibles, como lo ha sido Jesucristo. Su concepción en el vientre de una virgen mediante la operación de la Espiritu Santo, su nacimiento en la edad adulta, fecunda en obras y portentos; su vida pública, purísima y maravillosa; su doctrina, completamente opuesta a la de los filósofos más esclarecidos que han brillado en todos los tiempos anteriores a él; su doctrina tan sublimada, tan moral, tan llena de enseñanzas transformadoras del individuo y de las sociedades, prueban hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de su majestad soberana, de su grandeza infinita.

Después de la muerte de Cristo no se eclipsan las pruebas de su misión divina y redentora entre los hombres. No es Jesús un muerto que se pudre en el sepulcro, cuyas cenizas pueden recogerse y conservarse en maceteros que a su memoria agradecida, o que el odio infernal de los judíos a su bienhechor y monarca, avente o esparza para que perezca el recuerdo del crimen por ellos perpetrado.

Jesús, al tercer día de haber sido crucificado, de haber muerto, con el cuerpo rasgado por los azotes y los clavos, con el pecho abierto por la lanza de Longinos, con el corazón traspaado de espanto, parte por el hielero de un soldado cruel, con los brazos extendidos, para la vida se había extinguido por completo en el cadáver destruido que pende del madero, rompe las ligaduras que le aprisionan en el monumento cavado en roca durísima, empuja la pesada losa que cubre su sepulcro, y a vista de la guardia romana que vigila y custodia la tumba, para que sea testigo fehaciente del asombroso y excepcional prodigio, después de los prodigios innumerables que fué sembrando durante la vida, cuando la aurora ilumina los despejados de la claridad matutina, se levanta victorioso, resplandeciente, glorioso, como fantasma que se evapora y desaparece, sino como un cuerpo palpable, real, que con su presencia divina derrama en tierra los cielos y paraliza y embota las armas que intentan los pretorianos esgrimir para ofenderle o aprisionarlo de nuevo, como en el hielero de los Olivos.

Esta gloriosa resurrección de Jesucristo, innegable, testificada por innumerables y tratador por espacio de cuarenta días, prueba, hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de su majestad soberana, de su grandeza infinita.

Después de la muerte de Cristo no se eclipsan las pruebas de su misión divina y redentora entre los hombres. No es Jesús un muerto que se pudre en el sepulcro, cuyas cenizas pueden recogerse y conservarse en maceteros que a su memoria agradecida, o que el odio infernal de los judíos a su bienhechor y monarca, avente o esparza para que perezca el recuerdo del crimen por ellos perpetrado.

Jesús, al tercer día de haber sido crucificado, de haber muerto, con el cuerpo rasgado por los azotes y los clavos, con el pecho abierto por la lanza de Longinos, con el corazón traspaado de espanto, parte por el hielero de un soldado cruel, con los brazos extendidos, para la vida se había extinguido por completo en el cadáver destruido que pende del madero, rompe las ligaduras que le aprisionan en el monumento cavado en roca durísima, empuja la pesada losa que cubre su sepulcro, y a vista de la guardia romana que vigila y custodia la tumba, para que sea testigo fehaciente del asombroso y excepcional prodigio, después de los prodigios innumerables que fué sembrando durante la vida, cuando la aurora ilumina los despejados de la claridad matutina, se levanta victorioso, resplandeciente, glorioso, como fantasma que se evapora y desaparece, sino como un cuerpo palpable, real, que con su presencia divina derrama en tierra los cielos y paraliza y embota las armas que intentan los pretorianos esgrimir para ofenderle o aprisionarlo de nuevo, como en el hielero de los Olivos.

Esta gloriosa resurrección de Jesucristo, innegable, testificada por innumerables y tratador por espacio de cuarenta días, prueba, hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de su majestad soberana, de su grandeza infinita.

Después de la muerte de Cristo no se eclipsan las pruebas de su misión divina y redentora entre los hombres. No es Jesús un muerto que se pudre en el sepulcro, cuyas cenizas pueden recogerse y conservarse en maceteros que a su memoria agradecida, o que el odio infernal de los judíos a su bienhechor y monarca, avente o esparza para que perezca el recuerdo del crimen por ellos perpetrado.

Jesús, al tercer día de haber sido crucificado, de haber muerto, con el cuerpo rasgado por los azotes y los clavos, con el pecho abierto por la lanza de Longinos, con el corazón traspaado de espanto, parte por el hielero de un soldado cruel, con los brazos extendidos, para la vida se había extinguido por completo en el cadáver destruido que pende del madero, rompe las ligaduras que le aprisionan en el monumento cavado en roca durísima, empuja la pesada losa que cubre su sepulcro, y a vista de la guardia romana que vigila y custodia la tumba, para que sea testigo fehaciente del asombroso y excepcional prodigio, después de los prodigios innumerables que fué sembrando durante la vida, cuando la aurora ilumina los despejados de la claridad matutina, se levanta victorioso, resplandeciente, glorioso, como fantasma que se evapora y desaparece, sino como un cuerpo palpable, real, que con su presencia divina derrama en tierra los cielos y paraliza y embota las armas que intentan los pretorianos esgrimir para ofenderle o aprisionarlo de nuevo, como en el hielero de los Olivos.

Esta gloriosa resurrección de Jesucristo, innegable, testificada por innumerables y tratador por espacio de cuarenta días, prueba, hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de su majestad soberana, de su grandeza infinita.

Después de la muerte de Cristo no se eclipsan las pruebas de su misión divina y redentora entre los hombres. No es Jesús un muerto que se pudre en el sepulcro, cuyas cenizas pueden recogerse y conservarse en maceteros que a su memoria agradecida, o que el odio infernal de los judíos a su bienhechor y monarca, avente o esparza para que perezca el recuerdo del crimen por ellos perpetrado.

Jesús, al tercer día de haber sido crucificado, de haber muerto, con el cuerpo rasgado por los azotes y los clavos, con el pecho abierto por la lanza de Longinos, con el corazón traspaado de espanto, parte por el hielero de un soldado cruel, con los brazos extendidos, para la vida se había extinguido por completo en el cadáver destruido que pende del madero, rompe las ligaduras que le aprisionan en el monumento cavado en roca durísima, empuja la pesada losa que cubre su sepulcro, y a vista de la guardia romana que vigila y custodia la tumba, para que sea testigo fehaciente del asombroso y excepcional prodigio, después de los prodigios innumerables que fué sembrando durante la vida, cuando la aurora ilumina los despejados de la claridad matutina, se levanta victorioso, resplandeciente, glorioso, como fantasma que se evapora y desaparece, sino como un cuerpo palpable, real, que con su presencia divina derrama en tierra los cielos y paraliza y embota las armas que intentan los pretorianos esgrimir para ofenderle o aprisionarlo de nuevo, como en el hielero de los Olivos.

Esta gloriosa resurrección de Jesucristo, innegable, testificada por innumerables y tratador por espacio de cuarenta días, prueba, hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de su majestad soberana, de su grandeza infinita.

Después de la muerte de Cristo no se eclipsan las pruebas de su misión divina y redentora entre los hombres. No es Jesús un muerto que se pudre en el sepulcro, cuyas cenizas pueden recogerse y conservarse en maceteros que a su memoria agradecida, o que el odio infernal de los judíos a su bienhechor y monarca, avente o esparza para que perezca el recuerdo del crimen por ellos perpetrado.

Jesús, al tercer día de haber sido crucificado, de haber muerto, con el cuerpo rasgado por los azotes y los clavos, con el pecho abierto por la lanza de Longinos, con el corazón traspaado de espanto, parte por el hielero de un soldado cruel, con los brazos extendidos, para la vida se había extinguido por completo en el cadáver destruido que pende del madero, rompe las ligaduras que le aprisionan en el monumento cavado en roca durísima, empuja la pesada losa que cubre su sepulcro, y a vista de la guardia romana que vigila y custodia la tumba, para que sea testigo fehaciente del asombroso y excepcional prodigio, después de los prodigios innumerables que fué sembrando durante la vida, cuando la aurora ilumina los despejados de la claridad matutina, se levanta victorioso, resplandeciente, glorioso, como fantasma que se evapora y desaparece, sino como un cuerpo palpable, real, que con su presencia divina derrama en tierra los cielos y paraliza y embota las armas que intentan los pretorianos esgrimir para ofenderle o aprisionarlo de nuevo, como en el hielero de los Olivos.

Esta gloriosa resurrección de Jesucristo, innegable, testificada por innumerables y tratador por espacio de cuarenta días, prueba, hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de su majestad soberana, de su grandeza infinita.

Después de la muerte de Cristo no se eclipsan las pruebas de su misión divina y redentora entre los hombres. No es Jesús un muerto que se pudre en el sepulcro, cuyas cenizas pueden recogerse y conservarse en maceteros que a su memoria agradecida, o que el odio infernal de los judíos a su bienhechor y monarca, avente o esparza para que perezca el recuerdo del crimen por ellos perpetrado.

Jesús, al tercer día de haber sido crucificado, de haber muerto, con el cuerpo rasgado por los azotes y los clavos, con el pecho abierto por la lanza de Longinos, con el corazón traspaado de espanto, parte por el hielero de un soldado cruel, con los brazos extendidos, para la vida se había extinguido por completo en el cadáver destruido que pende del madero, rompe las ligaduras que le aprisionan en el monumento cavado en roca durísima, empuja la pesada losa que cubre su sepulcro, y a vista de la guardia romana que vigila y custodia la tumba, para que sea testigo fehaciente del asombroso y excepcional prodigio, después de los prodigios innumerables que fué sembrando durante la vida, cuando la aurora ilumina los despejados de la claridad matutina, se levanta victorioso, resplandeciente, glorioso, como fantasma que se evapora y desaparece, sino como un cuerpo palpable, real, que con su presencia divina derrama en tierra los cielos y paraliza y embota las armas que intentan los pretorianos esgrimir para ofenderle o aprisionarlo de nuevo, como en el hielero de los Olivos.

Esta gloriosa resurrección de Jesucristo, innegable, testificada por innumerables y tratador por espacio de cuarenta días, prueba, hasta la evidencia que no es Jesucristo un personaje sobresaliente entre los héroes y entre los sabios puramente humanos, sino que encierra, bajo la cubierta de una carne, el espíritu de Dios, el espíritu de la eternidad, o más expresivamente dicho, que Jesucristo es a un tiempo Dios y Hombre.

Los sucesos todos de su Pasión, tan íntimamente ligados con la de su existencia maravillosa, no pueden dejar ninguna duda a la despreocupada inteligencia que los estudia y examina, de que la víctima que sufre tan bárbaros y tan rudos, e inauditos tormentos, y los sufre contra todas las leyes de la justicia y de la equidad, no es una víctima humana, sino una víctima propiciatoria, requerida por la Eterna Justicia para curar las profundas llagas que en el seno criminal de la humanidad destrallada debió abrir un primitivo crimen o una primitiva rebelión. Por eso en la condición de todos los nacidos lo que se descubre a primera vista es un espíritu de rebelión, de emancipación de todas las leyes morales y de todos los principios de justicia. Cristo en su Pasión, se muestra como la paciencia suma, como la humildad pro-

fundamente abatida, como la obediencia mansísima a las órdenes de los Jueces que le condenaban, sin causa alguna, al suplicio más infame y a la muerte más ignominiosa.

¡Su muerte! Ya lo dijo el más encarnizado enemigo del Salvador. La muerte, el suplicio de Jesucristo, no es la muerte, no es el suplicio de un hombre. ¡Es la muerte de un Dios! Renán, proponiéndole, durante toda su vida de incrédulo sistemático, arrancado de las sienes del Redentor adorable, la corona de Rey vencedor, eterno, pacificador de los pueblos y de las sociedades, prohibió el testimonio más irrefragable, el testimonio más dolorido y abandonado, en la cima ensangrentada del Gólgota. Si Renán, no puede negar, entre tantas negaciones irracionales y afirmaciones estúpidas, el testimonio de la naturaleza que declara, con sus estremecimientos y convulsiones en la hora de la crucifixión, que el ajusticiado nazareno no es un hombre que mereció el castigo horrendo de la cruz destinada a los criminales, sino un Dios que ha venido a redimir a una raza pecadora, condenada a suplicios eternos. La confesión de Renán es concluyente. Los incrédulos no pueden eludirlo. Que ningún incrédulo hizo esfuerzos mayores para borrar de la frente del hijo de María el sello de

Sábado Santo. — A las 8 a. m., Bendición del fuego y del Cirio Pascual. Misa solemne de Gloria. Domingo de Resurrección. — A las 7 a. m., Misa de Comunión. A las 9 y 1/2, Misa solemne cantada.

CAPILLA DE LA MERCED
Jueves Santo. — A las 7.30 a. m., Misa y procesión al Monumento. A las 3 p. m., lavatorio de pies a doce niños, por el P. Superior, y visitas a Jesús Sacramentado. A las 7 p. m., Rosario y Sermón de Institución por el P. Juan R. Diz.

Viernes Santo. — A las 7 y 30, Misa de Presantificados, adoración de la Cruz y procesión al Monumento. A las 2 p. m., Sermón de Pasión por el R. P. Agustín Varas. A las 7 y 30, Sermón de Soledad por el R. P. Pascual Taborda.

Sábado Santo. — A las 7 y 30 a. m., Bendición del fuego y Misa solemne. Por la noche a las 7, Rosario, canto de la Salve y Bendición menor.

Domingo de Pascua. — A las 6 y 30 a. m., primera Misa. A las 7 y 30, Misa de Comunión general para todas las asociaciones de la Cailla. A las 9, tercera Misa. A las 7 p. m., Rosario, Trisagio y solemne Bendición.

CAPILLA DE LA SS. TRINIDAD (Chacarita)
Jueves Santo. — Misa de Comunión general.

Viernes Santo. — A las 3 p. m., Rosario, Via Crucis y Sermón de Pasión por el R. P. Pascual Taborda (Mercedario).

Domingo de Pascua. — A las 9, Misa de Comunión general y Bendición.

CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO (Maturana 10, Bella Vista)
Jueves Santo. — A las 8 1/2 a. m., Misa solemne con procesión al Monumento. A las 5 p. m., Sermón de Institución por el Rdo. P. Juan Bonnesadri.

Viernes Santo. — A las 8 a. m., Adoración de la Santa Cruz y Misa Praesantificatorum. A la 1 1/2 p. m., Sermón de Siete Palabras por el Rdo. P. Pedro M. Moreno. A las 5 p. m., Cánticos y Sermón de Soledad por el R. P. Director.

Sábado Santo. — A las 8 1/2, Bendiciones y Profecías y luego Misa solemne de Gloria.

Domingo de Pascua. — Misas a las 7, 8 y 10.

PARROQUIA DE SANTA CRUZ
Iglesia del Buen Pastor
Jueves Santo. — A las 7 a. m., Misa solemne, Comunión general, procesión del Smo. Sacramento al Monumento. A las 4 p. m., Oficio de Tinieblas.

A las 7 p. m. Canto Sagrado y sermón de Institución.

Viernes Santo. — A las 7 a. m., Servicio del altar y adoración de la Santa Cruz. A la 1.30 p. m., Sermón de las Siete Palabras. A las 4 p. m., Oficio de Tinieblas. A las 7 p. m., "Stabat Mater", cantado y sermón de Soledad.

Sábado Santo. — A las 6 a. m., Oficio, Bendición de la pila bautismal. Misa de Gloria, en la cual se puede comulgar.

Domingo de Pascua. — A las 7 a. m., Misa, Comunión general. A las 8, Misa. A las 9, Misa can-

tada. A las 5 p. m., Exposición del Santísimo, rezo del Rosario, cánticos y bendición solemne.

Todos los sermones están a cargo del Reverendo Padre Valentín Arriazu, del I. C. M.

Del extranjero

Noticias que llegan de la región del Ruhr son inquietantes, pues afirman que crece la irritación entre los obreros a causa de que aumenta la concentración de tropas del gobierno.

—Circula en Berlín el rumor de que el gobierno lanzará un ultimátum al ejército de trabajadores, dándole tres días para cumplir el acuerdo de Bielefeld.

—Los diarios alemanes manifiestan que existe en Italia e Inglaterra una opinión favorable a la revisión del tratado de Versalles.

—Ha estallado una revolución en Baviera. Comunican de Munich que las tropas regulares han llegado a Muns Chevs, donde izaron la antigua bandera del imperio alemán.

—Informan de Londres, que el gobierno inglés insistió ante la delegación de Serbia para que aceptase la soberanía de Italia en la ciudad de Fiume.

—El Supremo Consejo Inter-aliado ha dispuesto que los límites de la Armenia se extiendan hasta el Mar Negro.

—Un telegrama de París, anuncia que ha causado inmensa sensación, el anuncio de un tratado secreto firmado entre la Gran Bretaña y Turquía, en Abril de 1919, y por el cual se estipulaba lo siguiente:

1.º Los Dardanelos y sus puertos estarán bajo la fiscalización de la Gran Bretaña.

2.º El gobierno de Turquía reconoce el dominio inglés sobre la Siria y la Mesopotamia.

3.º Turquía renuncia a todos sus derechos sobre el Egipto y el Sudán.

4.º Turquía no se opondrá a la creación del estado de Kurdistan.

5.º En cambio de todo esto, al Gran Bretaña garantiza la independencia de Turquía bajo su mandato.

—En la Cámara de Representantes de Estados Unidos, existe una mayoría formada para votar una resolución restableciendo la paz con Alemania. Se asegura que, tanto en esa Cámara como en el Senado, se cuenta con mayoría para aprobar esa moción, aún cuando Mr. Wilson la vetara.

—La huelga en el Brasil continúa con igual intensidad, aún cuando no se han producido los hechos de violencia que se temían.

En los círculos oficiales se asegura que algunos gremios iniciarán en breve el trabajo. El Centro Obrero Católico, que cuenta con miles de obreros afiliados, dirigió un mensaje de adhesión al primer magistrado doctor Pessoa.

—Se ha producido una nueva erupción del Vesubio, seguida de temblores de tierra. El volcán ha arrojado gran cantidad de lava y de ceniza. Reina un gran pánico en las poblaciones de los alrededores.

AVISOS PREFERENTES

ALHAJAS, RELOJES, BRILLANTES

Gran variedad de gustos, lo hallarán en la acreditada Joyería y Relajería San Carlos, de O. Mato y Hnos. Se hacen alhajas al gusto del interesado. Se componen alhajas y relojes por difíciles que sean. Taller en la casa. Inmenso surtido en medallas con diamantes, de oro "Fix", de plata, etc. Pidan precios que se le enviarán en seguida, los cuales son sumamente ventajosos, calle Gaboto núm. 1838, entre Miguelete y La Paz, Montevideo. No confundir; a mitad de cuadra.

COOPERATIVA DEL CARMEN

De Manuel Rodríguez y Cia, calle Yaguazú 1374 entre 18 de Julio y Yaguazú. Se atienden pedidos a toda hora del día y de la noche. Carruajes por mes y servicio para casamientos, pasajes, etc., etc. Servicio fúnebre, desde los más pomposos a los más sencillos. Elementos de primer orden. Precios módicos. Teléfonos: La Uruguay 607 y La Cooperativa 1144.

TIENDA

Tienda de Correa Luna Hnos.—Calle Juan Carlos Gómez 1332.—Precio fijo.—Teléfono: La Uruguaya núm. 73.

LIBRERIA, PAPELERIA Y TIPOGRAFIA LA POPULAR

De Mosca Hnos.—El más completo surtido en artículos del ramo. Casa especial en librería y estamperia religiosa.—Situada en la calle 18 de Julio 1674.—Teléfono: La Uruguay 768 (Córdoba).

OPORTUNIDAD

Se venden: una estantería y mostrador de pino tea, soportes niquelados para vidriera. Tratar Mercedes 947.

SE VENDE O SE ALQUILA

Un hermoso y bien situado solar con 15 metros de frente a la Carretera a Colón, próximo a Sayago.—Ocurrir: Mercedes 947.

Pacificación a vapor del Estu

—

Vienda de M. Pena e hijos

CALLE CONSTITUYENTE 1484

PRIMERA Y ÚNICA FÁBRICA DE

BOCADITOS DE MONJA

Casa especial en la fabricación

de galletas.—Se vende pan

inglés para sandwich alemán

de atrecho y de graban

—

Jardin del Siglo

Fundado en 1878

Establecimiento de Horticultura

y Casa de Flores, Semillas

y Macetas finas, etc.

— DE —

Desalvo & Revello

Casa Central, SIERRA, 1648

Vivero, CAMINO MALDONADO

Una de Tarifa vía. 54

MONTEVIDEO

Teléfono: LA URUGUAYA 1135 (Córdoba)

PROFESIONALES

JUAN N. QUAGLIOTTI. — Médico-cirujano. — Médico del Hospital Maciel. — Consultorio: Uruguay 1256, de 1 a 3 p. m. — Casa particular: Bartolomé Mitre 1370.

HOMERO MARTINEZ ALBIN. — Abogado.—Av. Gral. Flores 358. Estudio: Rincón 508.—Teléfono 409, Aguada.

HECTOR E. TOSAR ESTADES. — Abogado.—Treinta y Trece 1460.

EDUARDO TERRA ABOCENA. — Ingeniero y Agrimensor.—25 de Mayo 254.—Proyectos de obras en general.—Mensuras, Divisiones y Nivelaciones.

DOCTOR ALFREDO OANZANI. — Médico cirujano.—Consultas de 1 a 2 y 30 todos los días hábiles menos los jueves.—Reducto 2738. Teléfono Uruguay 575 (Aguada).

LUIS ARRATTE VICTORIA. — Arquitecto y agrimensor.—Proyectos, dirección y construcción de obras, peritajes, tasaciones y mensuras.—Avenida 18 de Julio 1698 (entresuelo).—Teléfono Uruguay 2204, (Córdoba).

MIGUEL PEREA. — Abogado.—Estudio: Calle Mercedes 941.

MARIO ARTAGAVEYTIA. — Medicina-cirujía general.—Consulta de 1 1/2 a 3 1/3 p. m.—Teléfono: La Uruguay 2237 (Central). Calle 25 de Mayo 689.

JOSE L. MULLIN. — Abogado. Estudio: Andes 1360.—Domicilio: Av. Sarmiento 84.—Pocitos.

LUIS P. LENGUAS. — Médico Cirujano.—Consultas de 2 a 3 p. m.—Agradada 1911.

JUAN VARESE. — Escribano público.—Iturzaingó 1439.

CONRADO GONZALEZ BARBOT. — Escribano público.—Misiones 1388.—Teléfono La Uruguay 1260 Central.

IGNACIO BEGGARA. — Escribano público.—Calle Misiones 1495, entre 25 de Mayo y Carrero. Domicilio particular: Andes 1527.—Teléfono: Cooperativa 823.

CLASES DE CASTELLANO
Héctor E. Tosar Estades
Treinta y Trece 1460.

ERNESTO GARDELLINO. — Dentista. Jefe de la Clínica del Hospital de Niños.—Consultas de 7 1/2 a 11 1/2 a. m. y de 2 a 6 p. m. Los jueves y días festivos no hay consulta.—Calle Soriano 839.—Teléfono: La Uruguay 675 (Central).

EXAMENES DE FEBRERO. — Liceo Colón inicia cursos de Ingresos, Secundaria, Preparatorios, Magisterio y Comercio.—Gaboto 1845.

LAGUARDIA HNOS. — Cirujanos dentistas.—Nuevos sistemas para la confección de dientes artificiales.—Extracción de dientes sin dolor.—Obturaciones de oro, platino y porcelana.—Consultorio: Yí 1220.

Establecimiento católicos de enseñanza PARA VARONES

Colegio de la Sagrada Familia.—Enseñanza superior y elemental comercial

Imprenta "LATINA"
— DE —
JOSE M. BLANCO
Calle FLORIDA, 1532
Teléfono las 24
— Central —

Extracto de Malta Montevideana

Bebida-alimento muy agradable y sumamente nutritiva
El mejor tónico y reconstituyente de efectos admirables en todo organismo que requiera ser fortificado. Es también la mejor bebida para las personas sanas. El Rev. Padre Juan R. Diz, Superior Mercedario, manifiesta su opinión en la siguiente forma:
«Recomiendo en todo y por todo su acción vigorosa y natural para los organismos débiles.»

Sociedad Anónima
Cervecería Montevideana Calle Santa Pá 1085

FARMACIA y DROGUERIA del "LEON DE ORO"

JOSÉ MARÍA SUEIRO
FARMACÉUTICO

CASA MATRIZ
FUNDADA EN 1889
Avenida 18 de Julio 999
cerca Convención 1941-1953

FARMACIA "SUEIRO"
SUCURSAL:
Avenida 18 de Julio 1967 (hls)
cerca coq. Arsenal Grande (Córdoba)

IMPORTACIÓN DIRECTA DE DROGAS
ESPECIALIDADES EN PERFUMERÍA

SE DESPACHA PARA EL
CÍRCULO CATÓLICO

TELÉFONO:
LAS DOS COMPAÑÍAS

Idiomas.—Calle Agraciada número 1960.

Escuela de San Vicente.—Gratuita.—Fundada en el año 1859 por la Sociedad de San Vicente de Paul.—Enseñanza elemental para varones.—Calle Treinta y Trece núm. 1286.

Colegio Pbro. José B. Capurro.—Dirigido por los Hermanos de la Sagrada Familia.—Calle Maciel 1377.

Colegio Seminario.—Enseñanzas elementales y de bachillerato en ciencias y letras y superior.—Admite externos, pupilos, tres cuartos pupilos y medio pensionista.—Soriano núm. 1472.

Colegio de San Antonio.—Bajo la dirección de los PP. Capuchinos.—Se enseña instrucción elemental.—Calle Canelones entre Minas y Magallanes.

Talleres de Don Bosco.—Establecimiento.—Formación de artesanos en varios oficios, carpintería, zapatería, carpintería, herrería, panadería, encuadernación, etc.

Colegio Parroquial de San Luis.—Iglesia Parroquial del Redento.

Colegio Católico de San Vicente.—Plaza San Agustín (Unión).

Colegio de San Pedro Nolasco.—Ca. Cuapirú núm. 145.

Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.—Dirigido por los RR. PP. Salesianos.—Calle Mercedes núm. 1769.—Recibe medio-pupilos y externos.

Colegio de San Francisco de Asís.—Dirigido por los RR. PP. Capuchinos (Nuevo París).

Colegio Pío (en Villa Colón).—Enseñanza elemental y superior.—Admite externos, pupilos y medio pupilos.

Colegio de N. S. del Huerto.—San José 990.—Dirigido por las Hermanas de Caridad, Hijas de María S. del Huerto.—Admite pupilas, medio pupilas y externas.—Teléfono: 1265 (Central).

Colegio de la Guardia de Honor del Corazón de Jesús.—Calle Maldonado núm. 1067.

PARA NIÑAS Y SEÑORITAS
Colegio de las Religiosas Dominicas.—Calle Rivera núm. 2257.—Admite externas, pupilas y medias pupilas.

Colegio Clara Jackson de Heber.—Dirigido por las H. H. Dominicas de la Anunciata.—Admite pupilas, medio pupilas y externas.—Larraña 61.

Colegio de Nuestra Señora de Lourdes.—Dirigido por las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Caridad Cristiana Alemana.—Se admiten externas, medio pupilas e internas.—Calle Martín García núm. 14.

Colegio San José, para niñas y señoritas.—Dirigido por las Hermanas Josefinas.—Cerro de Montevideo.

Escuela-Taller de las RR. HH. V. católicas.—Se da enseñanza superior.—Calle Recoquista núm. 432.

Escuela-Taller de María Auxiliadora.—Se admiten externas, medio pupilos e internas.—Calle Canelones esquina Magallanes.

EL PUENTE

por M. MARYAN

Las dos jóvenes avanzaron por la avenida que conducía a la quinta, situada muy cerca del campo; después tomaron a la derecha, siguiendo otro paseo, y se internaron en los matorrales de la zona. Nada más fuerte que este parque en miniatura con sus copados árboles y sus arbustos exóticos, con sus bien estudiadas perspectivas y con el trazado inteligente y hábil de sombras y de luz que hacía resaltar las bellezas de los artificiosos...

Al tiempo de salir, después de media hora de paseo, María Teresa miró maquinalmente hacia la quinta. Tenía cierto aspecto de hallarse abandonada en aquel instante, y todas las personas estaban corriendo; pero, sin embargo, observó que había una ventana abierta y que en la avenida, cubierta de arena fina y blanca, se veían señales de ruedas.

Apenas pasó minutos en estos detalles pensando que serían el comienzo de las preparativas para el verano. Pero cerca de su almorzo la hija del guardia estaba de pie, evidentemente agitada, y señalaba como para comunicarle una noticia inesperada.

—¿Estoy tan sorprendida, señorita? ¡Y mucho más fatigada aquí mi padre!... ¡El señor acaba de llegar!

—¿Está aquí el señor Montepierre? —exclamó María Teresa con asombro.

—Ciel que no acostumbra a venir sin su hija... ¡Ha llegado también la señorita!

—¿No, y es cosa muy rara! ¡Fíjese usted, señorita, que apenas habrían

entrado ustedes en el parque, cuando se presentó un ómnibus de la estación. Nunca se me hubiera ocurrido que venía el señor... Siempre nos telegrafaban para que le enviásemos el break o el ómnibus, y en las ciudades tenemos dos caballos que para nada sirven... Apenas me ha hablado el señor, me ha dicho únicamente que venía a buscar unos papeles, y que llamaría si necesitaba algo...

—¿Estará aquí muchos días?

—No lo sé... Ha despedido el carruaje y no ha querido desayunar... ¡Qué lío! No sé si debo prepararle café... Generalmente, el señor tras consigo a su ayuda de cámara.

María Teresa, muy sorprendida, miró a Cristina.

—¿Hay timbre de llamada entre la casa y la portería?

—¡Oh! Sí, un timbre eléctrico...

¡Ve usted desde aquí la ventana abierta! Es la de su gabinete. Me temo que necesite algo; tenía cara de enfermo, y hay cerca de media hora que está allí solo...

Aun seguía hablando, cuando, en la calma frente de aquel lugar bañado por el sol, en medio de aquel silencio, interrumpido sólo de tiempo en tiempo por el canto de algún pájaro, un ruido seco, siniestro, aunque apagado, surgió de la casa, seguido casi inmediatamente de una segunda detonación.

Las tres mujeres se estremecieron; Cristina fue la primera que se dio cuenta de lo que pasaba.

—¿Un proyectil? ¡Vamos, en seguida! ¡Dios quiera que lleguemos a tiem-

po! Se precipitó hacia la casa, y, tras un momento de vacilación, María Teresa la siguió.

La hija del guardia, estupefacta al principio, y cual si se hallase imposibilitada para moverse, rompió a sollozar terriblemente.

—¿Señorita! ¡Ay, señorita María Teresa, no vaya usted! Si está muerto, ¿cómo hay que buscar ante todo a la Guardia rural?

Pero no recibió contestación, y dominada a la vez por terror supersticioso y por compasión, mezclada con curiosidad, se dirigió también hacia la casa.

Camaron siguiendo las huellas del coche que media hora antes había conducido a aquel desgraciado lleno de vida. Subieron la escalinata de barandilla aurea y de peldaños deslumbrantes de blancura, luego Cristina se detuvo un instante.

—¿Dónde? —preguntó brevemente.

María Teresa se volvió para interrogar a la jovenita que se le reunía en aquel momento; pero de repente un finísimo hilo púrpura, deslizándose por debajo de una de las puertas cerradas, comenzó a correr lentamente sobre los peldaños mármoreos.

Cristina levantó el pestillo. Muy cerca de la puerta, tendido sobre el suelo, con la mano crispada aún sobre el revolver, livido y horriblemente ensangrentado el rostro, nota y desprecada la mandíbula, el desdichado no daba señales de vida.

Cristina miró a María Teresa, que,

desfalleciendo, recordaba horrorizada.

—¿En nombre del cielo! —dijo.— ¡Sea usted fuerte y ayúdeme a salvar esta vida, un alma!

Ante aquella mirada, la joven se sintió serena de repente, y con composición inmensa sucedió al terror, mezclado de repulsa, que la había dominado.

Cristina había colocado el ojo sobre el pecho del Sr. Montepierre.

—El corazón late! —murmuró con acento de indefinible consuelo.— ¡Necesita socorro...! ¡Dónde está esa joven!

La pobre muchachuela no se atrevía a entrar; agitada por sollozos convulsivos, parecía ante todo llena de terror por la ausencia de su padre y por la especie de responsabilidad en que suponía haber incurrido.

—No está muerto, hija mía —dijo Cristina, intentando calmarla;— pero su vida puede depender de la rapidez con que se le auxilie... Corra al pueblo... ¡Hay allí médicos!

La niña hizo signo negativo.

—Entonces avise al señor Cura y a una Hermana de la Caridad, y envíe un propio, un hombre a caballo, a casa del médico más cercano... ¡Me entiendo bien!

—¡Sí! ¡pero si mi padre hubiera estado aquí! —sollozó la joven.

—Buena, usted lo recompensará y hará lo que pueda —contestó Cristina bondadosamente, aunque esta frase, repetida por vigésima vez, fuese escarpetada en tal momento.— Vaya todo lo de prisa que le sea posible.

La pequeña se alejó corriendo, y aun

se escucharon en el jardín los sollozos que no podía contener.

—¿No tiene usted miedo de permanecer aquí, verdad, María Teresa?

—No, estando con usted.

—Vaya a buscar un coleccion en cualquiera de las habitaciones...

María Teresa abrió la primera puerta que halló a mano. Era la del cuarto de Paulina, atestado de muebles, costosos y elegante siempre, a pesar de no tener goladuras. ¡Cuántos sueños de felicidad habían florecido entre aquellos muros!

Quitó uno de los colecciones del suntuoso y lo arrastró al otro lado del escritorio; luego Cristina y ella levantaron trabajosamente el cuerpo inerte y lo colocaron sobre el coleccion. En seguida le entreabrieron las ropas.

La sangre corría a borbotones de dos horribles heridas, una en el pecho, otra en la boca. Era horrible el espectáculo, y aquellas jóvenes delicadas necesitaban valor sobrehumano para mirar la herida, la mandíbula destruida, la sangre y, sobre todo, la expresión de espantoso sufrimiento que conservaba aquel semblante livido.

Cristina aplicó su pañuelo, comprimiendo la herida del pecho, mientras María Teresa, buscando telas para vendajes, encontró un armario de ropa blanca lleno de lienzo, batistas y mantelinas.

—¡Unas tijeras!

La joven volvió al cuarto de Paulina y revolvió febrilmente los cajones de su costurero, luego una mesita de la-

comenzó y se interrumpió por puro espanto. Bajo las sedas revueltas había un estuche de marfil con las tijeras de oro... ¡Oh ironía de las cosas humanas! ¡En las finas manos de Paulina Montepierre, esas delicadas tijeras sirvieron para labores superfluas, y ahora corraban vendas para heridas mortales!